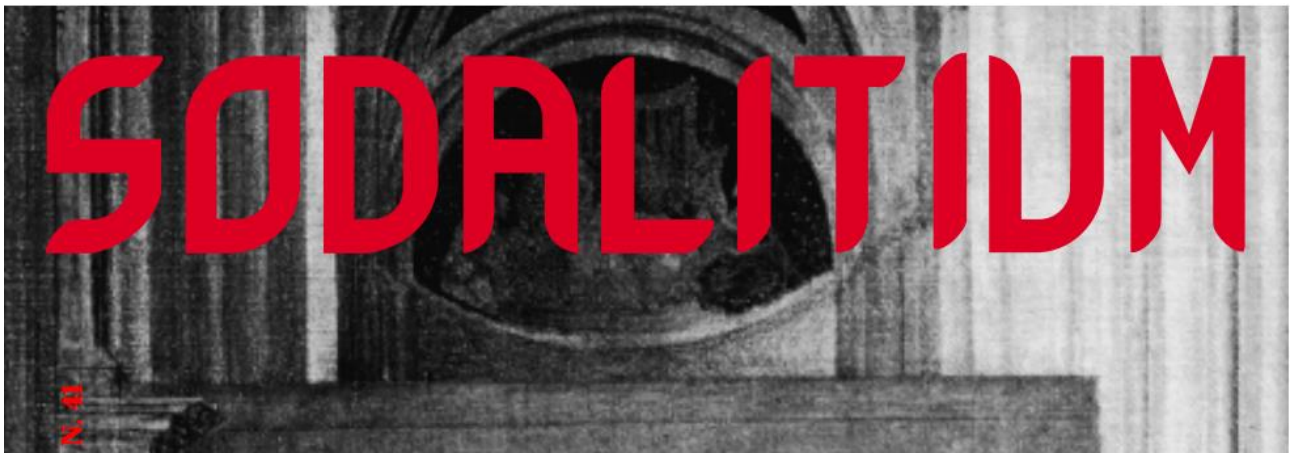


Artículo extraído de la revista italiana **Sodalitium**, nº 41**.** págs. 12 a 29.
Título original: *L'Osservatore romano. La "nuova èra" di Giovanni Paolo II (seconda parte)*
Autor: *Sodalitium***.**
Fecha: **julio - agosto 1995.**
Traducido al español. Página web: www.sodalitium.it - email: info@sodalitium.it

L'OSSERVATORE ROMANO

Sodalitium

LA "NUEVA ERA" DE JUAN PABLO II

(Segunda parte)

Preparación inmediata. Primera fase: los pecados de los católicos, la santidad de los herejes

El Concilio Vaticano II marcó el inicio de la preparación próxima al fatídico año 2000. Pero debemos ir más lejos. Los años de 1994 a 1999 verán su preparación inmediata (capítulo cuatro de la "Carta Apostólica"). Se habló de ello en el Consistorio Extraordinario del 13 y 14 de junio de 1994, al que ya hemos hecho referencia en *Sodalitium* (nº 38, págs. 2-3), y al que nos referimos. Los "cardenales" eran algo escépticos, pero Juan Pablo II no se dejó influir por ninguna consideración. Por tanto, entre ahora y el año 2000, tendremos que prepararnos, y en dos fases: una primera *fase "antepreparatoria"* (1994-1996) y una segunda *fase "propiamente preparatoria*". Por tanto, estamos en la fase *"antepreparatoria"* del nuevo Adviento, que es una fase de *"sensibilización de los fieles"* (nº 30, pág. 38). ¿Sensibilizar de los fieles en qué? A la idea de que los católicos están llenos de culpas y los herejes, de santidad.

En primer lugar, antes de acercarse a la celebración del año 2000, los católicos deben reconocer sus pecados, pasados y presentes. En cuanto al pasado,

> «es por tanto justo que, al acercarse el fin del segundo milenio del cristianismo, **la Iglesia sea más consciente del pecado** de sus hijos en recuerdo de todas aquellas circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han distanciado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en lugar del testimonio de una vida inspirada en los valores de la fe, el espectáculo de formas de **pensar** y actuar, que eran verdaderas formas de antitestimonio y escándalo. La Iglesia, aunque santa por su incorporación a Cristo, nunca se cansa de hacer penitencia: siempre reconoce a los hijos pecadores como suyos ante Dios y ante los hombres. (...) No puede cruzar el umbral del nuevo milenio sin instar a sus hijos a purificarse, a través del arrepentimiento, de los errores, las infidelidades, incoherencias y omisiones. Reconocer los tropiezos del pasado es un acto de lealtad y valentía.» (...)" (nº 33, págs. 40-41)

¿O tal vez reniega de lo que ha hecho la Iglesia en el pasado? Aquí Wojtyla es extraordinariamente ambiguo. Es de fe que la Iglesia incluye a los justos y, como miembros muertos, a los pecadores. Por tanto, nadie niega

que los católicos han sido pecadores y causan escándalos. Pero hay que recordar que muchos otros fueron santos y por ello causa de credibilidad. Es más. Los pecadores lo fueron porque actuaron en **contra** de la moral enseñada por la Iglesia, o pensaban en **contra** de la fe que enseñaba la Iglesia, hasta el punto de que, en los casos más graves, se separaron de ella con la excomunión. Por lo tanto, la Iglesia no se hace responsable del pecado de sus hijos descarriados, del mismo modo que Dios no es responsable del pecado de sus criaturas. Pero este es el punto: ¿tiene Juan Pablo II la intención de hablar de los pecados, errores e infidelidades cometidos por los católicos como individuos, en contra de la doctrina de la Iglesia o cometidos por católicos como que se comportaron como tales y que actuaron según los dictados de la Iglesia "preconciliar"? En el segundo caso, la propia Iglesia sería culpable, con lo cual ya no sería santa en su doctrina, en su moral, en la práctica de su doctrina. Si Juan Pablo II da a entender esto, está blasfemando contra la Iglesia de Cristo. **¿Pero cuáles serían los pecados de los católicos del pasado? Juan Pablo II cita solo dos: los pecados contra el ecumenismo (nº 34) y los pecados contra la libertad religiosa (nº 35)**.

Empecemos por el delito de atentar contra el ecumenismo:

> «Entre los pecados que exigen un mayor esfuerzo de penitencia y conversión hay que incluir sin duda aquellos que han **puesto en peligro la unidad que Dios desea para su Pueblo** [por tanto, el 'Pueblo de Dios', la Iglesia, no es una, como dice el Credo]. En el curso de los mil años que están llegando a su fin, incluso más que en el primer milenio, la comunión eclesial, **"a veces no sin la culpa de hombres de ambas partes" (Vaticano II, *Unitatis Redintegratio*, 3),** ha conocido laceraciones que contradicen abiertamente la voluntad de Cristo y son un escándalo para el mundo. Lamentablemente, estos pecados del pasado siguen haciendo sentir su peso y persisten como otras tantas tentaciones también en el presente. Es necesario enmendarse, invocando con fuerza el perdón de Cristo.» (nº 34, págs. 41-42).

Esta frase, tal y como está formulada, resulta ofensiva y es sospechosa de herejía. En la medida en que atribuye indistintamente a la Iglesia católica y a los disidentes el escándalo de la separación, es injuriosa para la Iglesia. De hecho, dado que los católicos se han comportado mal, la culpa de la disidencia recae en los disidentes, ya que no hay ningún motivo válido para abandonar la Iglesia o caer en la herejía. Pero, para el Concilio Vaticano II,

"la unidad cristiana" es "*un problema crucial para el testimonio del Evangelio en el mundo*" (nº 34, pág. 42) porque la división entre cristianos sería "*para el mundo motivo de escándalo"* y *supondría "un obstáculo para la más santa de las causas: la predicación del Evangelio a toda criatura*" (*Unitatis Redintegratio*, nº 1).

Comentando los teólogos esta frase de la *Carta a un obispo cualquiera* —en la medida en que afirma que la disidencia de los no católicos contra la Iglesia compromete la credibilidad del Evangelio y de la Iglesia Católica—, fomenta la herejía sobre la naturaleza de la Iglesia y conduce a negar la realización, en la Iglesia Católica, de la nota divina de unidad y a negar la doctrina católica que afirma que la Iglesia está dotada de las "notas manifiestas de su divina institución". En otras palabras, los cismáticos y herejes son los únicos responsables de sus pecados contra la Iglesia y del escándalo causado, y la propia Iglesia es reconocida por todos como la única verdadera Iglesia de Cristo, aunque algunos desgraciados, para su propia ruina, se hayan separado de ella.

Lejos de esta idea, Juan Pablo II inculca en cambio el error ecuménico; de hecho: "*se puede decir* —escribe—, *que toda la actividad de las Iglesias locales y de la Sede Apostólica*" hayan "*adquirido en estos años un carácter ecuménico en los últimos años. El Pontificio Consejo para la Promoción de la Unidad Cristiana se ha convertido en una de las principales fuerzas impulsoras del proceso hacia la plena unidad*", por lo que, gracias a un buen "*examen de conciencia*" ecuménico, al "*diálogo doctrinal*" y a la "*oración ecuménica*", al Gran Jubileo podremos acudir "*si no del todo unidos, al menos mucho más cerca de superar las divisiones del segundo milenio*" (*ibid*.).

Pasemos ahora a los pecados contra la libertad religiosa:

> «*Otro capítulo doloroso sobre el que los hijos de la Iglesia deben volver con ánimo abierto al arrepentimiento está constituido por la aquiescencia manifestada, especialmente en algunos siglos, con* ***métodos de intolerancia e incluso de violencia en el servicio a la verdad***. *Es cierto que un correcto juicio histórico no puede prescindir de un atento estudio de los condicionamientos culturales del momento, bajo cuyo influjo muchos pudieron creer de buena fe que* ***un auténtico testimonio de la verdad comportaba la extinción de otras opiniones o al menos su marginación***. *Muchos motivos convergen con frecuencia en la creación de premisas de intolerancia, alimentando una atmósfera*

pasional a la que ***sólo los grandes espíritus verdaderamente libres y llenos de Dios*** [¡decidnos quiénes eran estos "grandes espíritus", de qué logia salieron!] ***lograban de algún modo substraerse***. *Pero la consideración de las circunstancias atenuantes no dispensa a la Iglesia del deber de lamentar profundamente las debilidades de tantos hijos suyos* [¿quiénes son? ¡Danos nombres!], ***que han desfigurado su rostro, impidiéndole reflejar plenamente la imagen de su Señor crucificado****, testigo insuperable de amor paciente y de humilde mansedumbre. De estos trazos dolorosos del pasado emerge una lección para el futuro, que debe llevar a todo cristiano a tener buena cuenta del principio de oro dictado por el Concilio: "La verdad no se impone sino por la fuerza de la misma verdad, que penetra, con suavidad y firmeza a la vez, en las almas" (Dignitatis humanæ, nº 1)».* (cita completa del nº 35).

No cabe duda de que la doctrina y práctica de la Iglesia Católica "preconciliar" implicaba la asfixia de la opinión de otros (herejías) o al menos su marginación. Las Cruzadas, las guerras de religión, el Tribunal de la Inquisición, fueron "métodos de violencia" al servicio de la verdad (¡igual que el ejército, la policía, los tribunales y las cárceles lo son en la sociedad civil!). Las constituciones de los estados católicos e incluso muchos concordados, reprimían por orden de la Iglesia o marginaban socialmente a las comunidades no católicas. **Por lo tanto, sería la propia Iglesia, y no de sus hijos degenerados, la responsable, según Juan Pablo II, de la desfiguración de su propio rostro, ¡que ya no reflejaba el de Cristo! ¡Y esto "a lo largo de los siglos"! Y por parte de todos los católicos** (excepto los "grandes espíritus verdaderamente libres"). ¿Entre Lutero, que afirma (¡con sus propias palabras!) que "quemar herejes va contra el Espíritu Santo" y el Papa León X, que también lo condena por esta afirmación, quien, para Juan Pablo II, desfiguró el rostro de la Iglesia con violencia e intolerancia, y quién en cambio fue un gran espíritu libre? Nos gustaría que nos respondiese con sinceridad a esta pregunta. Por supuesto, la verdad no puede imponerse por la fuerza. Pero puede defenderse por la fuerza. Y debe ser favorecida por las leyes. Afirmar lo contrario es concebir al hombre como carente de pecado original, dispuesto a abrazar la verdad tan pronto como se da cuenta de ella. Una idea contraria a la fe y a la realidad cotidiana.

En cuanto a los pecados del presente, Juan Pablo II habla de la indiferencia religiosa y de la deriva disciplinaria y doctrinal del momento (nº 36,

págs. 44-45), (y, por supuesto, de la violación de los derechos humanos), pero luego no *encuentra su raíz en el Concilio Vaticano II, que es la causa de ello. Ni mucho menos:*

«*El examen de la conciencia no puede dejar de preocuparse* ***por la recepción del Concilio, este gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio.*****» (***ibid*., pág. 46)

Fotomontaje de «L'Osservatore Romano»: el Jubileo del año 2000 tiene dos polos: Roma y Tierra Santa

Y enumera: "la Palabra de Dios es el alma más plena de la teología" (Dei Verbum), "la liturgia", según el deseo de la Sacrosanctum Concilium, "la eclesiología de la comunión de la Lumen gentium", el "diálogo abierto" querido por la *Gaudium et Spes ...*

Si los católicos están cargados de pecados (contra el ecumenismo, la tolerancia, contra el Concilio Vaticano II...) hasta el punto de desfigurar el rostro de la Iglesia, los herejes pueden ser santos.

«*El testimonio dado a Cristo, incluso hasta el derramamiento de sangre, se ha convertido en el patrimonio común de católicos, ortodoxos, anglicanos y protestantes, como señaló Pablo VI en su homilía*

para la canonización de los mártires ugandeses [AAS 56 (1964), 906]. Es un testimonio que no debe olvidarse. (...) Como se sugirió en el Consistorio, las iglesias locales deben hacer todo lo posible para que la memoria de quienes sufrieron el martirio no perezca, reuniendo la documentación necesaria. ***Esto no puede dejar de tener también un alcance y una elocuencia ecuménicos. El ecumenismo de los santos, de los mártires, es quizás el más convincente. La*** **communio sanctorum** ***habla más fuerte que los factores de división****"* (nº 37, págs. 47-48).

Ya hemos recordado las palabras de San Cipriano: **"No puede ser mártir el que no está en la Iglesia"**. El mártir, de hecho, es testigo de la fe, por la cual entrega su vida practicando la caridad en el más alto grado. Ahora bien, el cismático no tiene caridad, porque desgarra la Iglesia y el hereje no tiene fe. Aunque fueran de buena fe, no pueden ser un modelo a imitar (como todo santo debe poder ser) al estar visiblemente separados de la Iglesia. Por último, ¿cómo se puede afirmar que los católicos y los herejes están unidos en una "comunión de los santos" que, además, que esta "*comunión de los santos*" *habla "con voz más alta que los factores de división*"? ¿Qué son, de hecho, estos "factores de división"? Ni más ni menos que las verdades de fe negadas por "ortodoxos, anglicanos y protestantes"*:* la infalibilidad del Papa, la presencia de Cristo en la Eucaristía mediante las palabras de la consagración, el Purgatorio, el valor de las buenas obras (negadas por los protestantes), la indisolubilidad del matrimonio, los dogmas marianos, la estructura monárquica de la Iglesia, etc., etc. En una palabra: la fe (porque rechazar una única verdad de fe significa no tener fe). Por tanto, el ecumenismo (de los santos) es, para Juan Pablo II, más importante que la fe católica.

La preparación inmediata. Segunda fase: el "espíritu de Asís" en Belén, Jerusalén y en el Sinaí

Los últimos tres años (¡el "tiempo" del anticristo!) antes del año 2000 constituirán la segunda y última fase del nuevo "Adviento": 1997 estará dedicado a Jesucristo, 1998 al Espíritu Santo, 1999 a Dios Padre. Finalmente, el año 2000 será el año del Gran Jubileo. El Año del Hijo nos recordará la centralidad del bautismo que, según el *Catecismo de la Iglesia Católica*, *"constituye 'el fundamento de la comunión entre todos los cristianos, in-*

cluso con aquellos que aún no están en plena comunión con la Iglesia Católica' (nº 1271)" (nº 41, pág. 52), olvidando que la herejía, el cisma o la excomunión destruyen totalmente la comunión creada por el bautismo (cf. *Sodalitium,* nº 38, págs. 8-11). El Año del Espíritu Santo verá a los cristianos meditando sobre la eclesiología de la *Lumen Gentium* (cf. nº 47, pág. 57). El año de Dios Padre nos hará redescubrir *"cada día el amor* ***incondicional*** [de Dios] *por* ***cada*** *criatura humana"* (nº 49, pág. 58); aquí Juan Pablo II se olvida decir que el amor de Dios por cada criatura humana está **condicionado**, al menos, a la posibilidad de conversión de esta criatura (a menos que se quiera sostener que Dios ama a los condenados) y que la Sagrada Escritura habla frecuentemente del "odio" de Dios hacia el pecado y los pecadores (cf. Gén 25, 23; Salmo 5, 7; Mat 1, 2-3; Rom 9, 13) como tal. Al final del segundo milenio, entonces, esperemos las manifestaciones más terribles del "espíritu de Asís". De hecho, *"la víspera del año 2000 será una gran ocasión (...) también para el diálogo interreligioso, según las claras indicaciones dadas por el Concilio Vaticano II en la Declaración Nostra Ætate sobre las relaciones de la Iglesia con las religiones no cristianas*" (nº 53, pág. 61).

> «*En este diálogo* —continúa Juan Pablo II—, ***judíos y musulmanes*** *deben tener un puesto preeminente. Que Dios conceda que, como sello de estas intenciones, también sea posible celebrar reuniones comunes en lugares de importancia para las* ***grandes religiones monoteístas.*** *A este respecto, se está estudiando cómo organizar eventos históricos en Belén, Jerusalén y el Sinaí. lugares de gran valor simbólico, para intensificar* ***el diálogo con judíos y fieles del islam,*** *así como reuniones con representantes de las grandes religiones del mundo en otras ciudades.*» *(ibid.)*

El Jubileo del Año 2000 debería recordar, estrictamente hablando, la encarnación del Hijo de Dios, un misterio que los judíos y los "fieles" (sin fe) del islam consideran una blasfemia inaceptable. Juan Pablo II, en cambio, sitúa el judaísmo, el islam y el cristianismo en el crisol común de las "grandes religiones monoteístas" y reemplaza **la predicación del Evangelio por el diálogo interreligioso**. Por supuesto, nos invita *a "tener cuidado de no generar malentendidos peligrosos, vigilando de cerca el riesgo de sincretismo y de un irenismo fácil y engañoso" (ibid.).* Se podría responder que los malentendidos ya están muy extendidos entre los fieles, y nadie ha hecho nunca nada para disiparlos. Pero, profundizando, hay que recordar que con

estas palabras Juan Pablo II no ofrece una interpretación católica y ortodoxa de las reuniones ecuménicas; ¡de hecho, dice algo que cualquier Gran Maestre de la Masonería podría suscribirse! Hablando de tolerancia masónica, de hecho, el antiguo Gran Maestre Di Bernardo escribió que consiste "en una actitud que, **aunque rechaza en principio una forma de pensar que se considera errónea**, la permite seguir existiendo por respeto a la libertad de los demás". Por tanto, no hay sincretismo, y ni siquiera para los masones:

> «La masonería no es indiferente a otras formas de pensar; La masonería no lo es todo y lo contrario de todo.».

Por tanto, si Juan Pablo II no predica el indiferentismo, el sincretismo o el irenismo entre las religiones (aunque esto es lo que la gente entiende de sus "encuentros comunes" al estilo de Asís), no se aparta del espíritu masónico, con la condición de que preserve, como lo hace, la no exclusividad, la práctica del diálogo, el respeto al otro, la libertad de religión y de conciencia, tener en cuenta lo que nos une, en lugar de lo que nos separa ... *(cf. Sodalitium*, nº 24, págs. 3-7). Como sin duda ocurrirá en Belén, Jerusalén y en el Sinaí...

Tercera fase: el Gran Jubileo "Pancristiano" y el regreso a Jerusalén

Tras tres años de preparación inmediata, finalmente llegará el año 2000, dedicado a toda la Trinidad y consagrado por el Gran Jubileo. Hay dos novedades con respecto a los anteriores. En primer lugar, el Jubileo ya no está vinculado a Roma: *"tendrá lugar simultáneamente en Tierra Santa, en Roma y en las Iglesias locales de todo el mundo"* (nº 55, pág. 62). Tierra Santa, Jerusalén, recuperó la ventaja sobre Roma, donde Pedro había establecido la sede del Vicario de Cristo. El Jubileo pierde así su carácter "romano", es decir, de peregrinación de todos los católicos a Roma, la "Ciudad Santa" del Nuevo Testamento, después de que Dios mismo haya abandonado definitivamente la Jerusalén terrenal (*cf. Gál* 4, 22-31). La segunda novedad es que será un Jubileo "pancristiano": *"La dimensión ecuménica y universal del Santo Jubileo puede ser destacada oportunamente por una importante reunión pancristiana*" (nº 55, pág. 63). El término "pancristiano", de origen protestante, ha sido reemplazado ahora por el de "ecuménico", quizás porque la condena que Pío XI hizo, en su encíclica *Mortalium animos*, de las reuniones "pancristianas" pesaba demasiado. Ahora, treinta

años y más después del Concilio y de la "encíclica" *Ecclesiam suam* de Pablo VI, la condena del Papa Ratti ya no es aterradora, y Juan Pablo II puede exhumar, sin ningún temor, el término prohibido "pancristiano". Nosotros, sinceramente, preferimos seguir siendo solo cristianos.

¿SANTA CATALINA HA DESFIGURADO EL ROSTRO DE LA IGLESIA?

En la "Carta Apostólica" *Tertio millennio*, en el nº 35, Juan Pablo II habla de los "*muchos hijos*" de la Iglesia "*que han desfigurado su rostro, impidiéndole volver a trazar completamente la imagen de su Señor crucificado*", pero no menciona nombres. Por fin conocemos a uno: Santa Catalina de Siena. Sí, ella también, de hecho, ha incitado al uso de "métodos de intolerancia e incluso violencia al servicio de la verdad (*ibídem*) predicando una cruzada contra los infieles. Juan Pablo II recuerda esto en su Ángelus del 12 de febrero (O.R., 13-14 de febrero de 1995, pág. 4):

> «Ciertamente, debe reconocerse que también fue hija de su tiempo cuando, en su celo —por muy justificado que fuera— por la defensa de los lugares sagrados, hizo suya la mentalidad dominante de la época, según la cual esta tarea incluso podía requerir recurrir a las armas.» (nº 2)

Juan Pablo II concede las "circunstancias atenuantes" a la santa sienesa, por usar las palabras del *Tertio millennio*, pero ella no fue una de esos "*grandes espíritus verdaderamente libres y llenos de Dios*" que, como Lutero, que se opuso a las Cruzadas (Denz. 774), "*lograron de alguna manera escapar*" de la mentalidad dominante de la época.

> *«Hoy* —dijo Juan Pablo II en el Ángelus—, *debemos estar agradecidos al Espíritu de Dios, que nos ha llevado a entender cada vez más claramente que la forma más adecuada, y al mismo tiempo más acorde con el Evangelio, de afrontar los problemas que puedan surgir en las relaciones entre pueblos, religiones y culturas, es la de un paciente, diálogo firme y respetuoso*,» (*ibid*.)

Queda una duda: ¿cómo es posible que el Espíritu de Dios se contradijera a sí mismo, presentando, a través de las palabras de tantos papas, un pecado como las cruzadas como una obra santa y que da derecho a ganar indulgencia? ¿Incluso Él no se habrá dado cuenta hasta únicamente hoy?

Juan Pablo II y los "ortodoxos"

Debemos volver a este tema *(cf. Sodalitium,* nº 37, págs. 28-29: "¿Los herejes orientales? ¡Son hermanos, y no están separados!"), entre los más queridos de Juan Pablo II; De hecho, él mismo le ha dedicado al menos tres discursos dignos de especial atención. El primero está fechado el **28 de junio de 1994**, dirigido *"a la Delegación del Patriarca Ecuménico de Constantinopla"* (O.R., 29 de junio de 1994, pág. 5), al hereje y cismático Bartolomé I, autor del texto del *Vía* Crucis recitado por Juan Pablo II el Viernes Santo del mismo año. El discurso en cuestión (pronunciado en francés) no solo es (!) contrario a la fe, sino también gravemente ofensivo para los apóstoles Pedro y Pablo, y precisamente con ocasión de su festividad. De hecho, según Juan Pablo II:

> «*Pedro y Pablo, sin dejar de ser nunca hermanos, eran muy diferentes (...) en su origen (...) en su historia espiritual (...). Pero, a pesar de sus diferentes trayectorias y, en ocasiones, de las duras oposiciones, su* "*ambición*" *es única: "agradar al Señor" (cf. 2 Co 5, 9). (...) Su origen los divide, su misión los une: Pedro y Pablo* "*agradarán*" *al Señor con su testimonio común*.» (nº 1)

¿Y bien? ¿De qué modo habría ofendido Juan Pablo II a los Apóstoles? Es muy sencillo. Para él, Pedro y Pablo, con sus diferentes orígenes y a pesar de sus duras oposiciones, pero con su fe y misión comunes, igualmente agradables al Señor, son el símbolo de la Iglesia Católica y de la Iglesia Ortodoxa respectivamente. Si no lo crees, lee por ti mismo las palabras del supuesto sucesor de San Pedro:

> «*Existe una complementariedad similar en nuestras tradiciones orientales y latinas, pero, como en el caso de Pedro y Pablo, al servicio de la misma y única misión. Por eso tengo la gran esperanza de que mi próximo encuentro con el Jefe de la Iglesia hermana de Constantinopla agrade igualmente al Señor*.» (nº 2)

Juan Pablo II como San Pedro, por tanto, y Bartolomé I como San Pablo. La verdadera Iglesia y una comunidad que ha caído durante nueve siglos en la herejía y el cisma serían "hermanas" e igualmente agradables al Señor. Las verdades de fe que nos dividen (y hay muchas; la más conocida, pero no la única, es el primado de jurisdicción del Sumo Pontífice negado por los "ortodoxos") serían solo diferentes "tradiciones". Esa es la opinión de Karol Wojtyla. El mismo concepto se encuentra en otro discurso, del 28 de agosto

de 1994**,** *"dirigido a los jóvenes solistas del programa benéfico internacional 'Novye Imena'"* (O.R., 29-30 de agosto de 1994, pág. 4).

> «*Roma mira con amor y esperanza hacia el pueblo ruso* —dijo Juan Pablo II a los jóvenes solistas (y hasta ahora, nada malo)—, *hacia la Iglesia Ortodoxa, y el Papa de Roma mira con esperanza hacia su hermano Patriarca de Moscú, Aleix II*.»

¿Pero podemos mirar con amor a una "Iglesia" separada del único redil y del único Pastor? Ciertamente, al menos para una persona que sitúa **a Soloviev** entre *los "grandes pensadores" (ibid.).* Pero las palabras más impactantes (aunque, lamentablemente, ya no son nuevas) son las pronunciadas el **11 de marzo de 1995** por Juan Pablo **II** en el Vaticano, al concluir la semana de los Ejercicios Espirituales predicados por el padre Tomás Spidlik (O.R., 12 de marzo de 1995, pág. 5). Tras decir que *"el más mencionado durante nuestros santos ejercicios espirituales"* fue **Soloviev,** Juan Pablo **II** añadió de inmediato, hablando del padre Spidlik:

> «*Por esto le damos muchas gracias, y también le damos gracias en nombre de nuestra buena voluntad ecuménica. Queremos acercarnos cada vez más a nuestros hermanos orientales, bizantinos y rusos,* ***porque estamos profundamente convencidos de que estamos unidos por la misma fe. Son dos tradiciones muy ricas y muy útiles para la Iglesia, pero es la misma fe***.»

Cuando habla de los "hermanos orientales, bizantinos y rusos", Juan Pablo **II** no se refiere a los católicos orientales (los "uniatas"), ya que menciona su "buena voluntad ecuménica"; por tanto, es una cuestión de los "ortodoxos" rusos o griegos, con quienes dice estar unido por "la misma fe". Ahora bien, la fe católica y la "fe" de los "ortodoxos" no coinciden.

El mismo teólogo "ortodoxo" explica que su Iglesia admite el divorcio (p. 78) y que la opinión común rechaza, respecto a la presencia real de Cristo en la Eucaristía (realizada no por el sacerdote con las palabras de la consagración, sino por toda la Iglesia, incluidos los fieles, con la epiclesis, o invocación del Espíritu Santo), la transubstanciación, para aceptar la impanación luterana.

Ya que, según los propios "ortodoxos", las cosas son así, y dado que Juan Pablo II afirma tener la misma fe que los "ortodoxos", solo son posibles dos conclusiones:

El padre Spidlik y Juan Pablo II, unidos por la doctrina gnóstica de Soloviev

1) o Juan Pablo II, de acuerdo con la fe "ortodoxa", niega la primacía e infalibilidad papal, la Inmaculada Concepción, etc., etc.;

2) o Juan Pablo II cree en la inmaculada concepción, en la primacía papal, etc., etc., pero considera estas verdades como opiniones o diferentes tradiciones, ajenas a la fe (o como mucho a verdades "de segunda categoría", según la teoría de la jerarquía de verdades) que pueden ser negadas sin amenazar la fe misma.

En ambos casos, la posición de Juan Pablo II es irreconciliable con la fe católica.

ORIENTALE LUMEN

Las líneas que acabas de leer ya estaban escritas cuando *L'Osservatore Romano* del 2-3 de mayo de 1995 publicó la "Carta Apostólica" *Orientale Lumen* de Juan Pablo II, fechada el 2 de mayo, "por el centenario del *Orientalium dignitas* del papa León XIII." Una confirmación, por si fuera necesaria, de lo mucho que el Oriente "ortodoxo" atrae a Juan Pablo II.

"La Iglesia Romana — escribe Mons. A. Semenoff-Tlan-Chansky en su *"Cathéchisme Orthodoxe"* (Ymca Press, París, 1984, pág. 70 y siguientes.) — se ha alejado progresivamente de la verdadera doctrina ortodoxa. Estas desviaciones se han expresado sobre todo en las siguientes doctrinas:

a) la procedencia del Espíritu Santo no solo del Padre sino también del Hijo;

b) el poder y el papel del obispo de Roma, a los que están relacionadas algunas deformaciones relativas a la noción de la Iglesia y de algunos sacramentos;

c) en la Iglesia romana, aunque afortunadamente están en declive, las concepciones erróneas sobre el hombre y la caída [original], y en consecuencia sobre la redención, los méritos de los santos y la vida en el más allá;

d) la Inmaculada Concepción de la Madre de Dios.

El contexto de la "Carta"

El aniversario de la Carta Apostólica de León XIII es, claramente, un pretexto. En primer lugar, porque el centenario ya ha pasado (*Orientalium dignitas* está fechado el 30 de noviembre de 1894). En segundo lugar, porque, si se desea conmemorar la labor de León XIII hacia los orientales, no faltan documentos más importantes que el *Orientalium dignitas.* Finalmente, porque la teología expresada en la Carta de León XIII es radicalmente opuesta a la de la "Carta" de Juan Pablo II; no es casualidad que *Orientale Lumen* no cite ni una sola vez la Carta Apostólica de León XIII. En realidad, cuanto más exalta Juan Pablo II a los cismáticos griegos o moscovitas, más recibe de ellos los insultos (o más bien: la Iglesia Católica recibe las ofensas). En Grecia, el clero "ortodoxo" pide al gobierno que limite la libertad religiosa de los católicos; en Serbia y Bosnia, el clero "ortodoxo" ha iniciado una "guerra santa" contra los católicos; en los países (más o menos) excomunistas, la jerarquía "ortodoxa" clama contra los uniatas (católicos orientales) y se niega a devolverles las iglesias que les entregaron los gobiernos comunistas. No obstante, la política ecuménica continúa, lo que

prevé la humillación de los uniatas (que a veces muestran signos de impaciencia).

¡Católicos y herejes, portadores vivos de la misma tradición!

La Carta Apostólica *Orientale Lumen* va en la dirección de esta deriva ecuménica. La "Carta" consta de una introducción, un capítulo dedicado al conocimiento del Oriente cristiano y otro dedicado al encuentro ecuménico entre Oriente y Occidente. ¿Por qué conocer la tradición oriental? *"Para favorecer (...) el proceso de unidad"* (nº 1) que *"no puede ser reconsiderado, sino que es irreversible, como la llamada del Señor a la unidad"* (nº 2). De esta tradición *"nuestros hermanos católicos orientales son bien conscientes de que son los portadores vivos,* ***junto con nuestros hermanos ortodoxos"*** (nº 1); ¿no hay diferencia, entonces, entre católicos orientales y los heréticos-cismáticos? Los "hermanos ortodoxos" **no** son "portadores vivos" de la tradición oriental, ya que han negado una parte considerable de ella, perdiendo la fe católica.

Sin los "ortodoxos", la Iglesia no manifiesta plenamente su catolicidad y, por tanto, no es del todo creíble

Pero para Juan Pablo II, los católicos de rito latino deberían estudiar esta ambigua tradición, común tanto a católicos como no católicos, para "*sentir, junto con el Papa, el deseo de* ***restituir a la Iglesia*** *y al mundo* ***la plena manifestación de la catolicidad de la Iglesia,*** *expresada no por una sola tradición, y mucho menos por una comunidad contra la otra."* (nº 1).

¡Una afirmación muy seria! Como si la Iglesia Romana no representara, ni siquiera por sí misma, a la Iglesia universal... Como si, en cualquier caso, los orientales unidos a Roma no manifestaran que la Iglesia es católica, si no se les añadieran a aquellos que se han separado de ella... ¡Como si, sin los herejes y los cismáticos, la Iglesia no hubiera manifestado plenamente una de aquellas notas esenciales con que se la distingue! El mismo error se repite en el llamamiento final de la "Carta":

> «*El eco del Evangelio, una palabra que no decepciona, sigue resonando con fuerza,* ***debilitada solo por nuestra separación:*** *Cristo clama, pero al hombre le cuesta oír su voz* ***porque no conseguimos transmitir un mensaje unánime.*** *Escuchemos juntos la invocación de los hombres y las mujeres que* ***quieren oír toda la Palabra de Dios. Las***

palabras de Occidente tienen necesidad de las palabras de Oriente** (...). Que el hombre del tercer milenio disfrute de este descubrimiento, alcanzado por una palabra concorde y **por esto plenamente creíble** **...» (nº 28)

Lo mismo puede leerse en el nº 19:

«*¿Cómo podemos ser plenamente **creíbles** si nos presentamos divididos ante la Eucaristía, si no somos capaces de vivir la participación en el mismo Señor al que estamos llamados a proclamar al mundo?*»

Sin duda, el cisma de 1054 dañó gravemente la propagación del Evangelio y, por el contrario, un regreso de los disidentes al único redil bajo el único Pastor lo favorecería. Pero Juan Pablo II no habla de esto; para él, tras el cisma, la Iglesia dejaría de hacer oír la Palabra de Dios en su totalidad (solo tendría una parte, la "occidental") y dejaría de ser "plenamente creíble" (y, por tanto, ¿está permitido no creerla?). Todo esto va en contra de la doctrina del Concilio Vaticano I (*Dei Filius*, sess. III, cap. 3) y del Juramento Antimodernista, según el cual la Iglesia Católica está dotada de las "notas manifiestas de su institución divina", es ella en sí mismo "un gran y perpetuo motivo de credibilidad" y los signos del origen divino de la religión católica están "completamente adaptados a la inteligencia de todos los tiempos y de todos los hombres, incluso de los de hoy".

El pecado gravísimo de la Iglesia Católica: ¡el cisma!

Pero, ¿quiénes son los cismáticos? A diferencia de León XIII, que hablaba de "devolver a la única Iglesia a todos esos orientales, sean cuales sean, que se han separado de ella" (Ene. *Christi nomen*, de 24 de diciembre de 1894), Juan Pablo II no habla ni del cisma, del que los "ortodoxos" serían culpables, ni del regreso de estos últimos a la Iglesia católica. No se menciona el pecado del cisma en la *Orientale Lumen*... En primer lugar, porque, por principio, debe purificarse *"de ese apego celoso a los sentimientos y los recuerdos (...) de los acontecimientos humanos de un pasado que aún pesa en nuestros corazones"* (nº 4); entonces, porque el pecado del cisma... sería común entre católicos y "ortodoxos". Si no lo crees, lee:

"El pecado de nuestra separación — escribe Juan Pablo II tras una extensa cita del Vaticano II (UR 3) y de *Tertio Millennio Adveniente* nº 34 —, ***es muy grave:*** *sentimos la necesidad de nuestra **disposición***

común** a crecer en el Espíritu que nos llama a **la conversión ...» (nº 17);

«*La santa nostalgia de los siglos vividos en plena comunión de fe y caridad **nos apremia, nos grita nuestros pecados, nuestros malentendidos mutuos.»*** (nº 28)

Y aquí, o bien Juan Pablo II tiene razón, o Pío IX tiene razón, quien condenó en el *Syllabus* esta proposición errónea: "Los juicios excesivos de los Pontífices Romanos produjeron la división de la Iglesia entre Oriente y Occidente" (prop. 38). ¿Fueron los cismáticos (también) los papas? ¿Debe atribuirse también "el pecado gravísimo de la separación" al Papa reinante de esa época, San León IX? Ciertamente, dado que Pablo VI, como recuerda Juan Pablo II (cf. nº 18), sintió la necesidad de que se le retirara la "excomunión" impuesta por el Patriarca de Constantinopla al Papa en 1054. Por otro lado, el cisma no fue consumado primero por Focio y luego por Cerulario *"por una simple cuestión de preeminencia"* (nº 18) (a la que se reduce la verdad de la fe sobre la primacía de la jurisdicción papal: ¡una "simple cuestión de preeminencia"!), sino —según Juan Pablo II— "*por un progresivo distanciamiento, de modo que la diversidad del otro ya no se percibe como una riqueza común, sino como una incompatibilidad"* hasta el punto de alcanzar un *"endurecimiento en la polémica y en la división, cuanto más crece la ignorancia y el prejuicio mutuos" (ibid.).*

La Iglesia unida y dividida

Por tanto, el cisma fue común y desgarró la Iglesia que, en el primer milenio, aún estaba "**indivisa**" (nº 9). Tras el cisma, entonces, ¿la Iglesia está ***dividida,*** privada de su nota divina de unidad? Para Juan Pablo II, la Iglesia sigue unida, pero no en el sentido de que la Iglesia Católica Romana sea la única Iglesia.

«**Hoy** sabemos que la unidad solo puede lograrse por el amor a Dios si **las Iglesias** [¡fíjate en el plural!] la buscasen juntos, respetando plenamente las tradiciones individuales y la necesaria autonomía**.** Sabemos que esto solo puede lograrse sobre la base del amor de **las Iglesias** que se sienten llamadas a manifestar cada vez más **la única Iglesia de Cristo,** nacida de un solo Bautismo y una sola Eucaristía, y que desean ser hermanas. Como tuve ocasión de decir, la Iglesia de Cristo es una; si hay divisiones, deben superarse, porque la Iglesia es una, la Iglesia

de Cristo entre Oriente y Occidente solo puede ser una, una y unida.» (nº 20).

Por lo tanto, para Wojtyla, solo existe una Iglesia de Cristo, fundada en el bautismo y la Eucaristía. No es la Iglesia Católica. La Iglesia Católica (a la que él llama *la "Iglesia de Roma")* es una de las Iglesias, las "hermanas", que lamentablemente están separadas por algunas divisiones que conforman la única Iglesia. La *"Iglesia de Roma"* tiene *"una convicción: que Pedro (cf. Mt 16, 17-19) pretende ponerse al servicio de una Iglesia unida en la caridad* (nº 20)". Pero, entonces, ¿el Evangelio de Mateo atribuye a Pedro un primado de jurisdicción? ¿O solo el del honor? ¿Es el primero entre iguales al servicio de sus hermanos y hermanas con el "carisma" de la unidad en la caridad ecuménica? Leyendo *Orientale Lumen* es imposible encontrar la Primacía de jurisdicción del Sumo Pontífice.

Los cristianos de todas las denominaciones tienen la gracia, la fe y caminan juntos hacia el Señor

Sí, no nos sorprendamos, ¡ya que las Iglesias forman parte de la Iglesia! A partir de este principio, Juan Pablo II deduce lógicamente la doctrina de este párrafo:

> «Han pasado treinta años desde que los obispos de la Iglesia Católica, reunidos en el Concilio [Vaticano II] con la presencia de no pocos hermanos y hermanas de otras Iglesias y Comunidades Eclesiales [los observadores 'ortodoxos' y protestantes], escucharon la voz del Espíritu que ilustraba verdades profundas sobre la naturaleza de la Iglesia, mostrando así que todos los creyentes en Cristo están mucho más cerca de lo que se podrían imaginar, **todos en camino hacia el único Señor, todos apoyados y sostenidos por su gracia.** Así surgió un llamamiento cada vez más urgente a la unidad.» (nº 17; el mismo concepto al final del nº 28, donde esta doctrina se define como un "descubrimiento").

Al Concilio Vaticano II el Espíritu Santo ha hablado, dando a los Padres una nueva revelación sobre la naturaleza de la Iglesia: incluso los no católicos son "creyentes" en Cristo (tienen fe), caminan hacia Él (se salvan) y tienen la gracia; están más cerca, por tanto, de lo que se creía antes del Concilio, cuando se pensaba exactamente lo contrario. Debemos el cambio al ecumenismo (y al "Espíritu Santo"):

> «En los primeros pasos del diálogo ecuménico, el Espíritu Santo nos ha permitido afianzarnos **en la fe común, por la perfecta continuación del *kerygma* apostólico**.» (nº 18)

De este modo, Juan Pablo II, para utilizar una famosa expresión con la que Pío XII condenaba este error, reduce a "una vana fórmula la necesidad de pertenecer a la Iglesia para alcanzar la salvación eterna" (Enc. *Humani generis).*

Los uniatas: las reliquias de una mentalidad y eclesiología abandonadas

El Concilio Vaticano II, por tanto, en el pensamiento del propio Karol Wojtyla, ha modificado profundamente la eclesiología, es decir, la doctrina de la Iglesia acerca de su propia naturaleza. Esto se confirma con el juicio que, en *Orientale Lumen,* aporta a los intentos de unión del pasado. De hecho, dos Concilios, el de Lyon (en 1274) y el de Florencia (1439), lograron una unión desafortunadamente efímera con los orientales; posteriormente se firmaron otros tratados de unión, siendo el más conocido el de Brest-Litovsk en 1596, estipulado con los ucranianos. A pesar de todo, muchas Iglesias orientales siguen unidas a Roma hoy en día, lo cual resulta muy preocupante a los "hermanos ortodoxos". Se alegraron cuando los gobiernos estalinistas de los países del Este declararon ilegales a las Iglesias Católicas Orientales ("uniatas"), obligando a sus fieles a unirse a la "Iglesia Ortodoxa", mientras que hoy en día les preocupa que los "uniatas", tras la caída de los regímenes comunistas, vuelvan a ser reconocidos por la ley. Para Juan Pablo II, este crimen cometido por los "hermanos ortodoxos" no existe: las faltas, si las hay, son recíprocas:

> «si en ocasiones en sus relaciones con las Iglesias Ortodoxas —escribe Wojtyla sobre los uniatas—, se han manifestado malentendidos y abiertas oposiciones, todos sabemos que debemos invocar incesantemente la misericordia divina, y un corazón nuevo, capaz de lograr la reconciliación, más allá de cualquier agravio sufrido o infligido,» (nº 21)

En definitiva, ¡las víctimas tienen que pedir perdón a sus verdugos! La realidad es que los católicos orientales suponen un problema no solo para los "ortodoxos", sino también para Juan Pablo II: de hecho, no practicaron

el ecumenismo: en el pasado renunciaron al cisma para volver a entrar en el seno de la Iglesia Católica. Pero hoy en día, ya no es necesario hacerlo:

> «Los intentos [de unión] del pasado tenían sus límites derivados de la mentalidad de los tiempos y de la propia comprensión de las verdades sobre la Iglesia.» (nº 20; el mismo concepto al principio del nº 21, que hace referencia al Mensaje de Juan Pablo II *Magnum Baptismi donum* del 14 de febrero de 1988)

Por tanto, en los Concilios de Lyon y Florencia, las verdades sobre la Iglesia (dogmas eclesiológicos) se entendieron de forma diferente a cómo se entendieron en el Concilio Vaticano II. Como querían demostrar... Pero... ¿es posible que sea el mismo Espíritu el que ha hablado en Lyon, en Florencia y en el Concilio Vaticano II, dando una imagen tan diferente de la Iglesia?

El método ecuménico: prestar atención solo a lo esencial (¿pero es esencial la fe?)

Hoy, para alcanzar el objetivo de la unidad, se necesitan actitudes diferentes; por ejemplo, *"concentrarse en lo esencial"* (nº 4). Pero, ¿es la fe parte de lo esencial? Uno diría que no, ya que Juan Pablo II exclama: "*Un vínculo especialmente estrecho ya nos une. Tenemos casi todo en común (cf. Vaticano II, UR 14-18)*" (nº 3). "Casi todo" ... ¡Pero no la fe, porque quien niega siquiera una sola verdad de fe ya no tiene fe! Así que es precisamente "lo esencial" lo que, lamentablemente, les falta. Luego, pasamos a otro método ecuménico: conocer a los "hermanos" y exaltar su "tradición".

La "tradición ortodoxa" exaltada, la romana humillada

Juan Pablo II nos invita así a conocer el Oriente cristiano. Algo estupendo, sin duda. Pero este conocimiento, en *Orientale Lumen,* se basa, como hemos visto, en una ambigüedad básica: ¿es la "tradición" que estamos llamados a conocer (¡después de que el Concilio Vaticano II arrojara las tradiciones latinas por la borda!) la del Oriente católico o la del Oriente Cismático? Para Wojtyla, católicos y "ortodoxos" son ambos "portadores vivos" de esta "tradición". ¡No nos sorprendamos, por tanto, si en ella, con las perlas católicas, encontramos el fango cismático! Pero esta es la antigua forma de razonar: *"Desde el punto de vista actual, parece que una verdadera unión solo era posible con pleno respeto a la dignidad de los demás, sin*

considerar que el complejo de costumbres y tradiciones de la Iglesia Latina era más completo o más adecuado para mostrar la plenitud de la doctrina correcta" (nº 20). Por lo tanto, en Lyon, en Florencia, la Iglesia no respetaba plenamente la dignidad de los demás. Y los usos de la Iglesia latina ya no son adecuados para mostrar la plenitud de la doctrina correcta, aunque, a diferencia de la de Oriente, nunca se ha separado del seno de la Iglesia. No solo los usos en latín ya no son adecuados, sino que ocurre lo contrario. Wojtyla, que "*escucha a las Iglesias del Este"* (nº 5), solo puede devolverles la voz, que es una voz de superioridad: *"en comparación con* ***cualquier*** *otra cultura, el Oriente cristiano tiene de hecho un papel único y privilegiado, como contexto original de la incipiente Iglesia"* (nº 5).

Poco importa que Roma fuera evangelizada inmediatamente y consagrada por los apóstoles Pedro y Pablo. León XIII, en su Carta Apotólica, recordó que Roma es "la Ciudad Señora de los gentiles" y que la Iglesia de Roma es "Cabeza de todas las demás" que estaban sujetas a ella. También Juan Pablo II habla de un primado ... pero de Jerusalén, definida como *"madre de toda la Iglesia"* (nº 2).

No podremos detenernos mucho en la descripción de la doctrina y espiritualidad orientales que hizo Juan Pablo II, que tiene tanta influencia en su pensamiento. Por ahora solo nos detendremos en unos pocos puntos. La *"****incognoscibilidad de la esencia divina***" para la cual es *"****imposible saber qué es Dios***" (nº 6) sería la piedra angular de la dogmática oriental, a la que ***correspondería el*** "***apofatismo***" en la vida espiritual, (nº 16). Sin duda, solo en el Paraíso veremos la esencia de Dios, y aun así ni siquiera entonces completamente, es decir, sino en la medida en que es cognoscible. Sin embargo, no es cierto que solo una teología negativa (que nos habla de Dios solo de aquello de lo que Él no es) sea admisible; también existe una teología positiva, que nos hace conocer los atributos de Dios (Verdad, Sabiduría, Justicia, Bondad, etc.) y, por tanto, también algo de Su esencia. Tomada en todo su rigor, la afirmación de Juan Pablo II nos lleva al agnosticismo.

Incluso la vida espiritual del Este parece superior a la espiritualidad latina: "*en Oriente, el monacato ha preservado una gran unidad, sin conocer, como en Occidente, la formación de los diferentes tipos de vida apostólica*" (nº 9).

El tema "Dios-Madre" no podía faltar: *"el carisma de la monja (...) es una señal visible de esa **maternidad de Dios** a la que a menudo se refiere la Sagrada Escritura"* (nº 9).

La Iglesia Oriental, y no la Iglesia Latina, sería un ejemplo admirable de inculturación; citando el ejemplo de los santos Cirilo y Metodio, que abandonaron el lenguaje litúrgico para introducir la lengua vernácula en la liturgia, Juan Pablo II escribe:

> ***«*La revelación se proclama de manera adecuada y se vuelve plenamente comprensible** cuando Cristo habla la lengua de los distintos pueblos, **y ellos son capaces de leer las Escrituras y cantar la liturgia en su propio idioma y con las expresiones que les son propias.** como si fuera por así decirlo, renovando las maravillas de Pentecostés.» (nº 7).

Aparte de que las traducciones no tienen nada que ver con las maravillas de Pentecostés, esta frase es de extrema gravedad. De hecho, todo el mundo sabe que la Iglesia Romana siempre ha impuesto el latín en la liturgia y ha prohibido, en el Concilio de Trento, en ausencia de una autorización especial, la lectura de las Escrituras en lengua vernácula. ¿Debemos entonces concluir que **no anunció adecuadamente la revelación, haciéndola parcialmente incomprensible?**

Fíjense bien: Juan Pablo II no dice que, por motivos pastorales, el uso de la lengua vernácula pueda ser oportuno (una tesis debatible pero no condenada como tal); dice que la revelación no puede proclamarse adecuadamente sin el uso de la lengua vernácula, en la liturgia y en la lectura de la Biblia. ¿No es ésta la tesis luterana anatematizada por el Concilio de Trento? (Denz. 956).

Otro tema: la ***"teología de la divinización",*** *"una de las ideas más queridas por el pensamiento cristiano oriental"* (nº 6) y, hay que decirlo, por el pensamiento de Karol Wojtyla. Es cierto que, a través de la gracia, los hombres pueden convertirse en participantes de la naturaleza divina y ser hijos adoptivos de Dios. Pero ciertamente expresiones como las del nº 15 ("*para que el hombre se convirtiera en Dios, el Verbo se hizo hombre"*) o la cita de Nicola Cabasilas (un hereje del siglo XIV, que escribió importantes obras contra la Iglesia Católica y Santo Tomás, y se adhirió a la herejía palamita, según la cual la Gracia no es algo creado sino Dios mismo), donde dice que el hombre ha sido elevado a tal grado de gloria "***que ya es***

igual en honor y divinidad a la naturaleza divina" (nota 15), *¡Et de hoc satis!* [Y con esto basta - ndt]

La "Iglesia Ortodoxa": una, santa, católica y apostólica (por K. Wojtyla)

Se puede concluir que, para K. Wojtyla, la Iglesia "Ortodoxa" es verdaderamente ortodoxa. Tiene fe verdadera (aunque no una comunión "plena"). Tiene, al menos tanto como la Iglesia Católica, las cuatro notas de la verdadera Iglesia: una, santa (existen los "santos ortodoxos"; cf. nº 22 y 24), católica y apostólica ("perfecta continuación del kerygma apostólico"). Por ello, tiene para sí misma, junto con la Iglesia Católica, las "razones de credibilidad". Por tanto, los católicos romanos deben beber de esa fuente oriental, de donde el propio "papa" bebe; una fuente contaminada, sin embargo, porque desde 1054 las aguas de la herejía y el cisma han fluido hacia ella. Juan Pablo II quiere que bebamos esta agua contaminada, presentándola como una doctrina pura de los antiguos Padres. Siguiendo a Juan Pablo II deberíamos volver "a las fuentes": las de Constantinopla, las de Moscú, las que, sobre todo, son Jerusalén. A pesar de nuestra gran admiración y sincera estima por la auténtica tradición de las Iglesias Católicas Orientales, preferimos adherirnos a la auténtica tradición de la inmortal Roma, de la que no se ha hablado en treinta años, y permanecer, sobre todo, verdaderamente **ortodoxos** (¡sin comillas!).

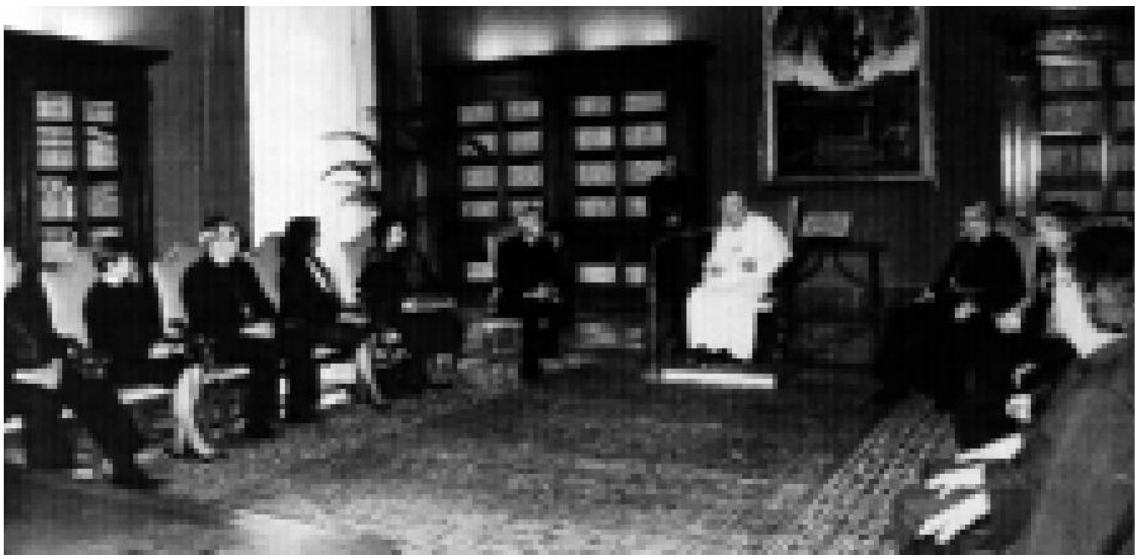
CON LOS LUTERANOS "ya no hay desacuerdo sobre las razones teológicas del cisma" (Ratzinger)

Después del "cisma de Oriente", el "cisma de Occidente", es decir, el cisma luterano. Las cosas van bien: ¡los luteranos han eliminado la "excomunión" a los católicos! "El obispo [luterano] de Baden, Klaus Engelhardt, ha entregado al papa un documento firmado por los evangelistas alemanes en el que se afirma precisamente que las 'excomuniones' y 'condenas doctrinales' expresadas por los luteranos en el siglo XVI 'no pueden aplicarse hoy a la Iglesia Católica'" (*Avvenire*, 17 de diciembre de 1994, pág. 16). Para ellos, por tanto, es la "Iglesia Católica" la que ha cambiado, tanto que esperan "la aprobación por parte católica de un documento similar", o el levantamiento de la excomunión de Lutero. Se esperaba con motivo del viaje de Juan Pablo II a Trento, pero aún no ha llegado ese momento; en esa ocasión aceptó patrocinar la canonización de De Gasperi y Rosmini (¡del

Índice al altar!). Sin embargo, los requisitos previos para la anulación de la excomunión están todos presentes. En su discurso para la conclusión de la *Semana de Oración por la Unidad de los Cristianos* (25 de enero), Juan Pablo II recordó las palabras de Jesús: *"Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en mí y yo en él, ese da mucho fruto, porque sin mí no podéis hacer nada*" (Jn 15, 5). Los sarmientos son los *"discípulos de Cristo*", unidos a Jesús y unidos entre sí en comunión de vida y amor: *"todos son redimidos por un solo Señor"* (nº 2). Ahora bien, citando al Concilio Vaticano II (UR nº 22), Juan Pablo II recuerda que "*el bautismo es el vínculo sacramental de unidad que existe entre los discípulos de Cristo"*, por el cual todos los bautizados son incorporados a Cristo, son sarmientos unidos a la vid (nº 3). ¿Los luteranos también? ¡Por supuesto!

> «*A lo largo de los siglos, las divisiones han introducido lamentablemente una profunda perturbación en la comunidad cristiana. Han causado grietas y a veces desavenencias serias y dramáticas, a menudo causa de doloroso sufrimiento.* ***Sin embargo, ninguna división ha podido romper la comunión fundamental que permanece entre quienes 'invocan la Trinidad y profesan la fe en Jesús, Señor y Salvador'*** *(Vat. II, UR nº 1)*» (nº 3)

Luteranos, "ortodoxos", católicos, etc., son todos sarmientos entre los cuales *fluye "la savia vital (...) que les viene de la vid"* (nº 5) (cf. *Avvenire*, 26-1-1995, pág. 16). En febrero, dos reuniones más, con los delegados de la ***"Iglesia Evangélica Luterana en América"*** *y con* ***el "Instituto Ecuménico de Bossey" del*** *Consejo Mundial de las Iglesias* (O.R., 14-15 de febrero de 1995, pág. 10). En marzo, en el Centro Internacional Brigittino de Farfa Sabina, tuvo lugar el Simposio sobre "Relaciones Católico-Luteranas tres décadas después del Vaticano II" (O.R., 16 de marzo de 1995, pág. 6). En este Simposio, Ratzinger pronunció la frase que citamos (de *Avvenire*, 14 de marzo de 1995, pág. 16).



Pastores luteranos y el "Pastor" en audiencia en el Vaticano

«El tema sobre el que ahora casi no hay diferencias —añadió Ratzinger—, es precisamente la doctrina de la justificación.» *(ibid.)*

¿Habrán aceptado los luteranos el Concilio de Trento? ¡Es dudoso! Pero todo está resuelto: basta con usar el sofisma de Juan XXIII. Al recibir en audiencia a los católico-luteranos en el Simposio de Farfa el 14 de marzo, Juan Pablo II dijo: *"Lo que tenemos en común es mucho más que lo que nos separa"* (nº 3). Basta *con "dar el peso debido a las realidades que nos unen y dejar a un lado los hábitos profundamente arraigados de resaltar los puntos"* de división, y ya está: Lutero también es católico (y viceversa, los católicos también son "luteranos").

Relaciones con los judíos

En esta primera parte de 1995, el compromiso de Juan Pablo II con las relaciones con el judaísmo no ha disminuido. El 50º aniversario de la "liberación de los campos de concentración de Auschwitz-Birkenau por las tropas rusas" (*cf. Avvenire,* 28 de enero de 1995) que, debe recordarse (aunque nadie lo dice), abarcó el mundo de *los campos de concentración* desde 1917 hasta 1989, ha dado lugar a nuevas declaraciones. Las conmemoraciones comenzaron el año pasado, con el concierto para conmemorar la *"Shoá"* celebrado en el Vaticano el 7 de abril en presencia de Juan Pablo II, el Gran Rabino Toaff, el Presidente de la República Scalfaro y el entonces Presidente del Senado, Spadolini; en esa ocasión, Juan Pablo II pronunció dos discursos, uno para la comunidad judía (O.R., 8 de abril de 1994, pág. 6) y

otro al final del concierto (O.R., 9 de abril de 1994, pág. 4). En memoria de la llegada de las tropas soviéticas a Auschwitz, Juan Pablo II consagró el 1 *Ángelus* del 29 de enero (O.R., 30-31 de enero de 1995, págs. 1 y 5), diciendo, entre otras cosas:

> «*En Auschwitz, como en otros campos de concentración, murieron muchas personas inocentes de diferentes nacionalidades. En particular, los seguidores del pueblo judío, cuya exterminación sistemática había sido planeada por el régimen nazi, sufrieron la dramática experiencia del 'holocausto' (...) ¡No más antisemitismo! ¡Nunca más la arrogancia de los nacionalismos! No más genocidio*.».

El 27 de enero se celebraron en Polonia las ceremonias conmemorativas de la liberación, en presencia de dieciséis jefes de Estado y el obispo de Bielsko Biaca, Mons. Rakokzy. El periódico católico *Avvenire* ha publicado en portada el texto del "llamamiento por la paz" firmado por los estadistas y "premios Nobel" presentes, en el que, entre otras cosas, se dice: *"nos reunimos para recordar el mayor crimen de la historia, el crimen que en las intenciones de los responsables debería haber conducido a la 'solución final', el crimen contra los judíos"*. El asesinato de una persona inocente, sea quien sea, clama venganza en presencia de Dios. Pero sigue siendo una criatura. Cuando Jesucristo, verdadero Dios y verdadero Hombre, fue crucificado, fue una persona divina que fue ejecutada injustamente. Nos parece que, en cuanto a gravedad, este crimen no tiene paralelo (pero, que sepamos, nadie ha tenido el valor de decirlo). El 6 de febrero de 1995, Juan Pablo II recibió nuevamente a representantes del ***American Jewish Commitee*** en audiencia en el Vaticano (O.R., 6-7 de febrero de 1995, pág. 5). Al recibirlos, Juan Pablo II les dijo:

> «Vuestra visita a Roma coincide con el 30º aniversario de la promulgación de la declaración *Nuestro Ætate* por el Concilio Vaticano II. (...) Como resultado del diálogo y la cooperación llevados a cabo con paciencia y en un ambiente de respeto y buena voluntad, las últimas tres décadas han dado testimonio **del profundo cambio** que ha tenido lugar en nuestras relaciones mutuas. Los malentendidos y dificultades de tiempos pasados han sido gradualmente reemplazados por la confianza y el respeto mutuos. ¿Quién puede negar que estos cambios positivos son obra del Todopoderoso, que renueva toda la creación y desvía nuestra mirada de las cosas del pasado (cf. Is 65, 17)?

(...) En este momento, cincuenta años después de la liberación de Auschwitz, no podemos dejar de recordar juntos los horrores de la *Shoá*. (...) La memoria del Holocausto debería impulsarnos **a renovar *nuestro compromiso de trabajar juntos en armonía para satisfacer el hambre y la sed de justicia innatas en todo ser humano creado a imagen de Dios*** (cf. Gén 1, 26-27). (...) Gracias por su visita. *¡Shalom!*»

Los representantes del Comité Judío Americano ante Juan Pablo II

Vera Haller, para la agencia de noticias Reuters Ltd, también informa sobre el tono del discurso pronunciado por el presidente del *American Jewish Committee* (AJC), Robert S. Rifkind, a Juan Pablo II. Rifkind, al frente de una delegación de 40 judíos estadounidenses, "pidió al Papa que publicara una encíclica condenando el antisemitismo" que había resurgido desde la caída del comunismo. Rifkind dijo a Juan Pablo II que "una encíclica que condene todas las formas de antisemitismo 'representaría una contribución duradera al bien de la humanidad y el logro supremo de su ministerio' (...) Rifkind dijo que el papa polaco aseguró a la delegación que el Vaticano estudiaría detenidamente estas propuestas, incluida la petición hecha a la Iglesia Católica para que contribuyera más a la lucha contra el terrorismo internacional. Mientras esperamos la nueva encíclica, conformémonos con otra *Ángelus*, el del domingo 26 de febrero, sobre la carmelita Edith Stein. No solo Juan Pablo II la alaba como *"Una mujer de pensamiento, capaz de utilizar con sabio discernimiento las contribuciones de la filosofía contemporánea*" (¡la fenomenología subjetivista!) sino que también afirma:

«Fue asesinada, como tantas otras víctimas de la ferocidad nazi, en el campo de concentración de Auschwitz. Para ella, de origen judío y **educada en las tradiciones de sus padres, la elección del Evangelio,** a la que llegó tras una dolorosa investigación, **no significaba el rechazo de sus raíces culturales y religiosas.»** (O.R., 27-28 de febrero de 1995, pág. 6)

Esta afirmación es inaceptable. La conversión de un judío al cristianismo ciertamente no la enfrenta al Antiguo Testamento, pero sí lo sitúa en total oposición a las **tradiciones de sus padres,** en las que Edith Stein también fue educada. ¿Qué escribe San Pablo a los Gálatas? ***"Sin duda has oído cómo me comporté en el judaísmo; perseguí sin descanso a la Iglesia de Dios y la devasté (...) siendo un gran fanático por las tradiciones de mis padres"*** (Gal 1, 13-14)! Ciertamente, porque, como dijo Jesús, las tradiciones rabínicas contrastan con la Revelación Divina, con el propio Antiguo Testamento: **"Hacéis vana la palabra de Dios con la tradición que enseñáis"** (Mc, 7, 13). La conversión de un judío del judaísmo al cristianismo implica, por tanto, contrariamente a lo que afirman Juan Pablo II y *el cardenal Lustiger*, una abjuración del propio judaísmo. Este es el pensamiento de los propios rabinos, expresado con motivo de la visita de Aarón Lustiger a Israel: para el Gran Rabino Lau, la conversión de los judíos al cristianismo es tan grave como su exterminio por parte de los nazis: "Ambos caminos — cree el Gran Rabino— van en la dirección de la solución final de la cuestión judía" *(La Stampa*, 26 de abril de 1995, pág. 10). Barbara Spinelli (de madre judía) comenta:

«Por haberse convertido al catolicismo durante la época del nazismo, el arzobispo de París, Jean-Marie Lustiger, fue declarado persona indeseable en Israel: una persona no grata por haber traicionado su religión, su pueblo, su nación, como expresó el rabino asquenazí Meir Lau en los últimos días. La conversión es pecaminosa, y la nueva fe elegida por el adolescente polaco hace cincuenta y cinco años sigue siendo perversa: por definición, el arzobispo **'encarna el camino del exterminio espiritual, que condujo, igual que la destrucción física, a la solución final del problema judío',** y esto prohíbe a Lustiger participar en las conmemoraciones actuales del genocidio. La opinión del rabino Lau no es una voz aislada en Israel. Se han sumado a ella el rabino **Rosen,** el ministro de Educación Rubinstein y el presidente del Museo del Holocausto, Burg. **El resentimiento judío hacia la Roma**

católica es algo que resiste el tiempo, las propuestas de Juan Pablo II, el reconocimiento del Estado de Israel. (...) El propio rabino Rosen parece anticipar esta reducción [al 'formalismo farisaico'] cuando dice, en relación con la conversión, que para el judío 'no es un problema teológico, sino un acto de traición'. Lo cual, al parecer, significa: no, la religión no es cuestionada por el converso, sino la pertenencia a un pueblo, una etnia, quizás incluso a una raza. (...) Hay fariseísmo en sus reacciones, pero es un nuevo fariseísmo: un fariseísmo étnico, ya no religioso.» *(La Stampa,* 27 de abril de 1995, págs. 1 y 6)

Es de señalar que tanto el rabino Lau (visitante frecuente de logias masónicas) como el rabino Rosen (de B'nal B'rith) fueron recibidos calurosamente por Juan Pablo II. En la misma ocasión, el rabino Moshe Zeev Feldman declaró:

«Durante el Holocausto, la Iglesia estuvo manchada por una apatía **sádica y perversa** ante el genocidio del pueblo judío. Y aún no ha hecho las paces.»

«En lugar de quedarse en el silencio de Dios —dijo Lau—, Lustiger haría bien en explicar el silencio de un hombre de carne y hueso, el Papa Pío XII, que no movió un dedo para impedir el genocidio.» *(La Stampa,* 26 de abril de 1995)

Comentario de Lustiger:

«La responsabilidad también recae en la Iglesia.» *(La Stampa,* 27 de abril, pág. 7)

Por supuesto, quienes creen en el "magisterio" de Juan Pablo II deben recordar que ahora, tras el Concilio Vaticano II, hay entre judíos y cristianos *"confianza y estima* ***recíproca"*****.**

El nuevo Catecismo juzgado por los rabinos

Citamos fielmente de L'Osservatore Romano (16 de marzo de 1995, pág. 6) la siguiente noticia:

«El nuevo *Catecismo de la Iglesia Católica* marca **un paso altamente innovador** e importante en el tratamiento del tema del judaísmo. Esto fue enfatizado por el rabino Jack Bemporad, director del *Centro de Entendimiento Cristiano Judío en la Universidad del Sa-*

grado Corazón, en Farfield, Connecticut, durante una conferencia celebrada el 2 de febrero en Manhattan, a la que asistieron el cardenal John Joseph O'Connor, arzobispo de Nueva York, ... y los rabinos Lawrence y Barry Friedman. Este encuentro constituyó un punto de encuentro importante entre católicos y judíos. Los distintos oradores coincidieron en que el *Catecismo de la Iglesia Católica* subraya los progresos en las relaciones entre católicos y judíos a la luz del Concilio Vaticano II y expresaron su gratitud a **Juan Pablo II** por su compromiso en el ámbito del diálogo entre catolicismo y judaísmo. Se recordó que el Catecismo adopta una posición decisiva ante ciertos malentendidos del pasado y señala claramente los principios de una nueva era de respeto y diálogo entre católicos y judíos.»

«Los budistas italianos: 'Gracias Wojtyla'» (*Avvenire,* 9-2-1995)

El periódico "de los obispos italianos", *Avvenire,* nos informa de una audiencia privada concedida por Juan Pablo II a Ajhan Tavanaro, Massimo Corona, Vincenzo Piga y Angela Falà. ¿Qué tiene de malo eso? El hecho de que el cuarteto, que presumimos está compuesto por cristianos bautizados, constituye la delegación oficial de la UBI, o ***Unión Budista Italiana***. *Avvenire* nos informa que la UBI *"tiene unos 25.000 seguidores en Italia"* (pág. 15). Es decir ... ¡25 mil apóstatas que han negado a Jesucristo y las promesas del bautismo! Y cuatro de estas desafortunadas personas fueron recibidas en audiencia, durante la cual ciertamente no se les reprochó su traición al Señor, ya que declararon su "*aprecio" por las palabras de estima y amistad expresadas por el Papa hacia el budismo con motivo de su último viaje internacional,* subrayando «"*el reconocimiento*" *del Papa* "*de que el compromiso con la enseñanza del Buda y la práctica de sus discípulos es el gran valor*"». Naturalmente, "*la presidencia de la UBI declara que comparte la esperanza de Juan Pablo II de que el diálogo interreligioso pueda avanzar..."*. Comentario de *Sodalitium. "Porque es necesario que ocurran escándalos, ¡ay del hombre por quien ocurre el escándalo!"* (Mateo 18, 7).

Jueves Santo: "La importancia de la mujer en la vida del sacerdote"

En el último número de *Sodalitium* (págs. 40-42), comentando la *Carta a las Familias* de Juan Pablo II, subrayamos cómo el *personalismo* de Karol Wojtyla le llevó a una nueva concepción de castidad y celibato

sacerdotal, en armonía con el pensamiento pansexualista del jesuita apóstata Teilhard de Chardin. Para difundir mejor este nuevo concepto, Juan Pablo II lo explicó, aunque de forma velada, a los sacerdotes de todo el mundo en su ***Carta a los sacerdotes*** para el Jueves Santo, fechada el 25 de marzo de 1995 (O.R., 8 de abril de 1995, págs. 1, 4-5). La oportunidad de volver al tema le fue ofrecida por la "fiesta del sacerdocio" (el Jueves Santo, precisamente) y por *la "Conferencia Internacional convocada por la Organización de las Naciones Unidas en Pekín para el próximo septiembre"*, que estará dedicada a las mujeres (nº 2).

San Pablo le dice al joven obispo Timoteo «que trate a las mujeres mayores como madres y a las menores como hermanas en toda pureza» (1 Timoteo 5, 2). No es de extrañar, por tanto, que en *"una Carta sobre la relación entre el sacerdote y la mujer"* (nº 2) Juan Pablo II nos invite a considerar a las fieles femeninas como "madres" y "hermanas" en el Señor, sin ninguna misoginia deplorable. ¿Y cómo podemos tener miedo si Juan Pablo II, para ilustrar el aspecto "maternal" de las mujeres hacia el sacerdote, se refiere a la Madre del Sumo Sacerdote, la Virgen María? (Aunque no se limita a analizar el aspecto teológico de la cuestión, sino a divagar en cambio sobre la *"historia antropológica y cultural" nº* 2).

Excepto que Teilhard también ocultó sus aberraciones bajo el manto de Nuestra Señora (cf. *Sodalitium nº* 40, pág. 41) ... Juan Pablo II observa que, sin madres, no habría sacerdotes; la cosa es obvia, porque el sacerdocio se confiere a los hombres nacidos de mujer. Pero parece exagerado concluir con lirismo:

> *«¡Oh, cómo verdadera y discretamente presente está la maternidad y, al mismo tiempo, gracias a ella, la feminidad en el sacramento de las Órdenes Sagradas, cuya fiesta renovamos cada año el Jueves Santo!»* (nº 3)

Exagerado, porque el sacerdocio es una realidad de un orden sobrenatural, muy diferente de la maternidad (aunque se presupone como *condición sine qua non*) de un orden puramente natural. Después de la "mujer-madre", Wojtyla se detiene en el concepto de la "mujer-hermana" del sacerdote (en el nº 4). El paso de un concepto a otro esconde un primer sofisma, muy evidente. Para decir que todos somos hermanos y hermanas, Juan Pablo II escribe:

"La importancia de la mujer en la vida del sacerdote". Según el diario episcopal "Avvenire", la doctrina de Teilhard está "en armonía" con la encíclica "Mulieris dignitatem" de Juan Pablo II. En la fotografía aparecen Lucile Swan y el padre Teilhard.

> **«La familia de Dios en realidad incluye a todos los hombres:** no solo a aquellos que por el Bautismo se convierten en hijos adoptivos de Dios, sino, en cierto sentido, a toda la humanidad, ya que Cristo redimió a todos los hombres y mujeres, ofreciéndoles la posibilidad de ser hijos adoptivos del Padre eterno. **De este modo, todos nos convertimos en hermanos y hermanas en Cristo.** Y así surge en el horizonte de nuestra reflexión sobre la relación entre el sacerdote y la mujer, junto a la figura de la madre, la de la hermana. Gracias a la Redención, el sacerdote participa de manera especial en la relación de hermandad que Cristo ofrece a todos los redimidos.» (nº 4)

En estas pocas líneas, lo verdadero y lo falso se suceden y se entrelazan (pero no se mezclan) de forma continua. La tesis ("la familia de Dios incluye a todos los hombres") y la conclusión del razonamiento ("De este modo, todos nos convertimos en hermanos y hermanas en Cristo") son muy falsas. El error es evidente en el razonamiento en sí, donde Juan Pablo II pasa, indebidamente, *del poder ser al ser*, o de la potencia o simple posibilidad al acto, o realidad de hecho. Los bautizados son en realidad hijos adoptivos de Dios, y por tanto hermanos y hermanas entre ellos y con Jesucristo. Los no bautizados **no lo son todavía**, aún no están bautizados**,** aunque pueden bautizarse mientras vivan. Son redimidos objetivamente (Cristo pagó por ellos), pero **no** subjetivamente (siguen en sus pecados y el perdón de Cristo no se

ha aplicado a sus almas). Todos los hombres (¡y mujeres!) están llamados a entrar en la "familia de Dios", ¡pero no todos forman parte de ella! La Revelación Divina lo dice claramente (cf. Efesios 2, 19; Gál 6, 10): ¡la "familia" de Dios son solo cristianos! Pero para Juan Pablo no es así: todas las mujeres, cristianas o no, son "hermanas" de sacerdotes, representando "*una manifestación específica de la belleza espiritual de las mujeres*" (nº 5). ¿Cómo podemos renunciar a esta belleza (espiritual, por supuesto)? No se debe, no se puede; ni siquiera los sacerdotes, sobre todo los sacerdotes.

> «Muchos de nosotros, sacerdotes, tenemos hermanas en la familia. En cualquier caso, todo sacerdote desde temprana edad ha tenido la oportunidad de conocer chicas, si no en su propia familia, al menos en el ámbito de los juegos de la infancia y en el **colegio. Un tipo de comunidad mixta es de enorme importancia para la formación de la personalidad de los niños y de las niñas.»** (nº 4)

En *Sodalitium* desde luego no estamos enfermos de una fobia patológica al *devoto sexo femenino* ... Sin embargo, recordamos que, en este punto, los Sumos Pontífices no están de acuerdo con Juan Pablo II. La **coeducación** de los sexos está, de hecho, condenada por la Iglesia Católica: por Pío IX (Instrucción del Santo Oficio de 24 de noviembre de 1875, *Enseñanzas Pontificias, La Educación, nº* 55) y por Pío XI (Encíclica *Divini illius Magistri*, 31 de diciembre de 1929, *ibid.*, 284). Este método educativo es definido por el Papa Pío XI como **"erróneo y pernicioso"** basado para muchos "**en el naturalismo negador del pecado original**" o, al menos, **"en una deplorable confusión de ideas, que confunde la convivencia humana legítima con promiscuidad e igualdad niveladora".** Pío IX va aún más lejos:

> **«Se sienten amenazados por cierta corrupción** (...) adolescentes de ambos sexos" que "se reúnen en la misma aula para asistir a las clases, tanto niños como niñas" que "deben sentarse en los mismos pupitres. El resultado de todo esto es que, lamentablemente, se expone a los jóvenes (...) a que se pongan en peligro las buenas costumbres.»

Si esto es cierto para estudiantes que no están destinados al celibato, ¿qué ocurrirá con los seminaristas y clérigos? Pero para Juan Pablo II es en la Revelación misma donde encontramos la conciencia de esa coeducación que, en cambio, la Iglesia condena:

> «Aquí tocamos —prosigue *La Carta a los sacerdotes*, hablando de la importancia de la promiscuidad entre hombres y mujeres— el diseño

original del Creador, que al principio creó al hombre ‘varón y mujer’ (cf. Gen 1, 27).» (nº 4)

“La importancia de la mujer en la vida del sacerdote”

(Juan Pablo II en Manila, 14 de enero de 1995)

Tampoco vale la pena objetar que esto se aplique solo a quienes están destinados al matrimonio:

«El libro del Génesis habla de ello en el contexto de la vocación al matrimonio —que— supone y exige que el entorno en el que se vive está compuesto por hombres y mujeres. Pero... “en este contexto, sin embargo, no solo nacieron vocaciones al matrimonio, sino también al sacerdocio y a la vida consagrada. **No se forman de forma aislada.**

(...) Para vivir el celibato de manera madura y serena, parece especialmente importante que el sacerdote desarrolle profundamente en sí mismo la imagen de la mujer como hermana.» (nº 4)

Si desarrollamos lógicamente el pensamiento de Karol Wojtyla, también los seminarios y los conventos deberían ser mixtos, naturalmente "en total pureza", ya que las vocaciones "no se forman aisladas" y la "comunidad mixta tiene una enorme importancia en la formación de la personalidad". Por tanto, la *Carta* rompe decisivamente con todo ascetismo cristiano, basado en la misma Revelación (Eccli. 3, 27; 9, 5; 21, 2; Job 1, 31...), en los escritos de los Padres, Santos y Doctores que todos unánimemente enseñan, especialmente a los sacerdotes, la separación del sexo opuesto y la huida de la familiaridad. San Alfonso resume de forma concisa esta doctrina citando las palabras de otro doctor, San Bernardo, según el cual "se necesita menos virtud para resucitar a un muerto que para permanecer casto manteniendo una relación íntima con una mujer" (San Alfonso, *Selva de materias predicables e instructivas,* pág. II, instrucción III, nº 10). A la doctrina de los santos, Wojtyla prefiere la "doctrina" de Teilhard, según el cual "para alcanzar la madurez y plenitud espiritual (...) ningún hombre puede (es algo que cada día resulta más evidente) prescindir de lo femenino".

Al igual que Teilhard, Wojtyla invita a los sacerdotes católicos a abandonar una "perfección religiosa siempre presentada, teológicamente, en términos de separación" para seguir un nuevo camino, el de la "evolución de la castidad." Wojtyla siempre ha vivido, como sacerdote, la doctrina que ahora enseña a los sacerdotes sobre la familiaridad con las mujeres. Hacia dónde lleva esto se muestra con el triste ejemplo del propio Teilhard, que desde 1925 hasta su muerte (1955) fue el amante (¡platónico!) de la escultora Lucile Swan, protestante y divorciada (cf. Fabio Mantovani. *La castidad secreta de Teilhard*, en *Avvenire*, 14 de febrero de 1995, pág. 17).

Por último, unas palabras sobre los capítulos finales de la *Carta,* dedicada a exaltar desproporcionadamente el *"sacerdocio universal de los fieles" y* su *"dignidad real"* (nº 6) La Iglesia, en la visión del Concilio (*Lumen gentium*, caps. II y III) es "*ante todo el Pueblo de Dios, para que todos los que lo forman, hombres y mujeres, compartan —a su manera— la misión sacerdotal, real y profética de Cristo*". Solo en segundo plano sería una "*estructura jerárquica*". (nº 6)

Siguiendo los pasos de "*Cristo el Siervo*" (nº 8; *"Siervo del hombre*" en la nº 7) y *de* "*María sierva*" (nº 8), los sacerdotes a los que se dirige la *Carta* están al servicio del "*Pueblo de Dios*" y "*su misión*" (nº 7). Los sacerdotes pobres, escandalizados por quienes debían edificarlos, exhortaban al mismo tiempo al celibato (sacrosanto) y a la familiaridad con las "hermanas", sacerdotisas, reinas y profetisas. ¿Conseguirán resucitar a los muertos?

El Vía Crucis de 1995

Hablando de escándalos: el Vía Crucis, presidido cada Viernes Santo por Juan Pablo II, se ha convertido ahora en una fuente de escándalo y no, como debería, de edificación. En primer lugar, "*las 14 estaciones del Vía Crucis de 1995 siguen el esquema más coherente con la narrativa evangélica de la Pasión, ya utilizada en el Vía Crucis en el Coliseo en los años 1991, 1992 y 1994*" *(O.R., 10-11 de abril* 1995, pág. 6), creando confusión entre los fieles y demostrando una simpatía sospechosa por la sensibilidad luterana que elude todo lo que no es bíblico. Entonces, por primera vez, tres mujeres, incluida la luterana "hermana" Maatj, llevaron la Cruz (cuando Jesús es, en cambio, un hombre). Pero, hasta aquí, no valdría la pena detenerse en ello. La realidad es que, desde el año pasado, el *Vía Crucis* también se ha convertido en "un evento ecuménico", como sostiene Pietro Marini, "Maestro de las Celebraciones Litúrgicas Pontificias" *(ibid.).* De hecho —nos cuenta Marini—, las meditaciones de 1994 "fueron dictadas por Su Santidad Bartolomé I, arzobispo de Constantinopla y patriarca ecuménico (...). Aquel Viernes Santo, en las antiguas calles de Roma, Juan Pablo II y Bartolomé I, la Iglesia de Pedro y la Iglesia de Andrés, se encontraron unidos en la meditación sobre la Pasión de su único Señor y Redentor" (en realidad, Bartolomé I usurpó la sede de Constantinopla, y no es el sucesor de San Andrés, sino de los cismáticos Focio y Cerulario).

> «En 1995 —continúa Marini—, las meditaciones del *Vía Crucis* fueron confiadas a una mujer, la hermana Minke de Vries, una monja de la comunidad protestante de Grandchamp, en la Suiza francófona. (...) ... la invitación dirigida a ella constituye, como en el caso de la invitación a Bartolomé I, un gesto de gran importancia ecuménica: la comunidad eclesial de Roma, presidida por su obispo Juan Pablo II, medita sobre la Pasión del Señor con textos que fluían del corazón de una hija de la Reforma.»

Dado que la desafortunada mujer es luterana, no nos sorprenda que los sentimientos católicos no surjan "de su corazón". *L'Osservatore Romano* publicó el texto en las páginas 6-7 del 16 de abril de 1995; un lector atento no pasa por alto el eco luterano de frases como la de la primera nueva estación ("después ... de haber celebrado la Santa Cena") o el undécimo ("acoge hoy en tu Reino, solo por tu gracia y para siempre, al buen ladrón, al asesino que se abre a la fe"). La "hermana" Minke interpreta de manera calvinista (como Ratzinger y Juan Pablo II) el dogma del "descenso al infierno" (cf. novena estación), un simple descenso a la tumba, a la muerte o al pecado de los hombres. Pero, sobre todo, en la tercera nueva estación ("Jesús es condenado por el Sanedrín") la herejía toca lo supremo. La "hermana" Minke proclama, mientras Juan Pablo II asiente y medita: "**... nunca has negado a tu pueblo: 'Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen'. Y lo que ellos han hecho, nosotros, vuestra Iglesia, llevamos haciéndolo casi dos mil años**... Padre, perdónanos: tan a menudo hacemos de la fe nuestra propiedad, un privilegio que nos pertenece. Pero solo por tu gracia podemos reconocer a Jesús como el Cristo, tu Hijo, nuestro Señor. **Perdónanos también por haber rechazado a vuestro pueblo, de haberlo ridiculizado, incluso en nuestras liturgias."** Según la luterana (y Juan Pablo II):

1) Jesús nunca negó al pueblo de Israel, que por tanto sigue siendo el pueblo "amado por el Padre";

2) "Lo que han hecho" (no reconociendo a Jesús como el Mesías ni como Dios, declarándolo culpable de blasfemia y digno de muerte, pidiendo a Pilato su crucifixión...) la Iglesia lo ha estado haciendo durante casi dos mil años;

3) Todos los que han celebrado la liturgia cristiana han cometido un pecado, por el cual deben pedir perdón, por haber rechazado y ridiculizado al pueblo de Israel. Por supuesto, el principal culpable de este pecado es la Iglesia, o los Papas que ordenaron estas "burlas" litúrgicas (hasta Pío XII incluso). Por otro lado, para la "hermana" Minke (y Juan Pablo II), la Iglesia se distingue por **"sus infidelidades y traiciones"** (cuarta nueva estación: Jesús es negado por Pedro).

Ante estas blasfemias impías y sacrílegas, pronunciadas precisamente en Roma, y en el Viernes Santo, defendemos a nuestra Madre, ofendida, calumniada y vilipendiada, a la Santa Iglesia Católica y las defensas de Nuestro Señor Jesucristo, traicionadas, negadas y crucificadas, lo cual él

dijo (¡y nadie puede prohibir el Evangelio por ley, esperamos!): *"Por eso os digo: el reino de Dios os será arrebatado y dado a un pueblo que lo hará fructífero"* (Mt 21:43).

(P.D.: Por supuesto, la "hermana" Minke rompe una lanza en favor de Judas Iscariote: "¿Quién puede excluir —dice—, que Dios también tuvo misericordia de él?" cf. *Avvenire*, 14 de abril de 1995, pág. 17). El comentario sobre las encíclicas *Evangelium Vitæ* y *Ut Unum Sint* se publicará en un futuro número de *Sodalitium*.